

A

utocares

morós

de Pascual Carbonell Segarra

1. Estación de autobuses.

Gente que corre por la estación de autobuses. Gente despistada, algunos perdidos, todos con prisas. Algún adiós de despedida, alguna lágrima, alguna risa. El ruido es cada vez más ensordecedor, hasta hacerse insoportable. De repente el silencio. Distribuidos por el andén y cargados con bolsas, maletas, mochilas, etc. los pasajeros de un autocar con destino a todas partes y a ninguna.

Se anuncia la salida inmediata de Autocares Amorós.

Todos suben al autobús.

Todos menos una mujer, una mujer con un abrigo rojo y una maleta blanca.

2. He olvidado por qué te quiero.

La mujer del abrigo rojo y maleta blanca.

Unas horas antes, en el salón de su casa.

ELLA.- Ya no recuerdo nada por lo que merezca la pena que sigamos juntos.

ÉL.- ¿Me estás diciendo que nos vamos a separar?

ELLA.- Sí, exactamente eso es lo que te estoy diciendo.

ÉL.- Llevamos 40 años casados.

ELLA.- Por Dios, ni me lo recuerdes.

ÉL.- Tenemos tres hijos, dos nietos. Y uno que viene en camino.

ELLA.- ¿Por qué?

ÉL.- ¿Por qué qué?

ELLA.- ¿Por qué hemos aguantado tanto tiempo? Yo no lo sé. Intento acordarme de los buenos momentos pero, como las reposiciones de las viejas teleseries, me aburren.

ÉL.- ¿Te aburres conmigo?

ELLA.- No, no es eso. Me aburre mi vida, en general. No hay nada que digas o que hagas que me sorprenda ya. Conozco cada gesto, cada mirada, cada matiz de tu voz. Sé cuando estás triste antes que tú mismo, sé cuando quieres estar sólo, cuando quieres que salgamos o que nos quedemos en casa. Lo sé todo de ti y eso es muy aburrido.

ÉL.- Aún puedo sorprenderte.

ELLA.- ¿Ah, sí, cómo?

ÉL.- Larguémonos una temporada, vayámonos de viaje.

ELLA.- Un viaje.

ÉL.- Nos tomamos un descanso de la vida y nos vamos lejos, a...

ELLA.- ¿A dónde? Ya hemos visitado todos los países, todas las ciudades; París, Roma, Londres, Nueva York... no hay parte del mundo en la que no hayamos estado. Además, ¿eso es lo único que se te ocurre para sorprenderme? ¿Un viaje?

ÉL.- Entonces, ¿qué quieres?

ELLA.- Nada, yo no quiero nada, ya te lo he dicho. Tú dejaste hace mucho tiempo de interesarme.

ÉL.- ¿Cómo puedes decirme eso?

ELLA.- Es la verdad.

ÉL.- Hay muchas cosas que aún desconoces de mí.

ELLA.- ¿Ah sí, cómo cuales?

ÉL.- Muchas cosas. *Pausa.* Cada mañana, cuando sales a comprar y yo me quedo en casa, ...

ELLA.- Te pones mis zapatos de tacón rojos y mi ropa interior, te miras en el espejo y te excitas pensando que eres una prostituta. *Pausa breve.* Te vio la vecina del tercero y le faltó tiempo para contárselo a toda la escalera.

ÉL.- Tengo una amante.

ELLA.- Hace tres años, lo sé. Es amiga mía. La conocí en aquel taller de escritura creativa. Fui yo quien se lo propuse. Pensé que si tenías una amante, quizás nuestra relación se volviese un poco más “interesante”. Pero los celos hace tiempo que dieron paso a la indiferencia. Te conozco al ciento por ciento. Te conozco más que tú mismo y eso hace que nuestra relación se haya vuelto totalmente previsible, insulsa, aburrida.

ÉL.- Nadie es capaz de conocer a otra persona así, a ese nivel. No puedes leerme el pensamiento.

ELLA.- ¿Tú crees?

ÉL.- Es, ...

ELLA.- ¿Imposible?

ÉL.- Yo...

ELLA.- ...no iba a decir eso.

ÉL.- Eres, eres,...

ELLA.- ...insoporable. Lo sé. Son demasiados años juntos. ¿A ti no te pasa?

ÉL.- ¿Qué?

ELLA.- ¿No te aburre estar conmigo? Son cuarenta años.

ÉL.- Ahora que lo dices. No.

ELLA.- ¿No?

ÉL.- Seré un tonto o un romántico, no lo sé. Siempre pensé que envejecer a tu lado sería una buena manera de pasar el resto de mi vida. Aunque veo que tú no opinas lo mismo.

ELLA.- Ya he hecho la maleta. Lo imprescindible. El resto puedes tirarlo. Quiero empezar de cero y te sugiero que hagas lo mismo. Me voy, ¿a dónde? No lo sé. Iré a la estación y cogeré el primer autobús que salga. Lo más lejos posible. Luego ya veremos.

ÉL.- Empezar de cero, a nuestra edad.

ELLA.- Nunca es tarde para empezar algo, aunque sea tarde para terminarlo.

ÉL.- ¿No hay nada que pueda hacer o decir para que te quedes?

ELLA.- No. Esta vez tengo a un taxi esperándome en la puerta. Esta vez no te levantarás de esa silla para abrazarme y pedirme que me quede. Esta vez no me arrancarás la maleta de la mano ni la abrirás para después arrojar toda mi ropa por la habitación. Esta vez no pasará nada de todo eso.

ÉL.- ¿Por qué no?

ELLA.- Porque tú también has olvidado por qué me quieres. *Pausa.* Adiós.

ÉL.- *Sentado.* Espera.

ELLA.- Qué.

ÉL.- Hay algo que aún no sabes.

ELLA.- ¿Y qué es?

ÉL.- No puedo decírtelo.

ELLA.- Es un farol.

ÉL.- Si me conoces, y no dudo que así sea, sabes que nunca faroleo.

ELLA.- Eso es cierto.

ÉL.- Acabo de recordar por qué te quiero.

ELLA.- ¿Por qué?

ÉL.- *Pausa breve.* Si te lo dijera, ya lo sabrías todo sobre mí.

ELLA.- Mira, me da igual por qué me quieres, el caso es que yo no te quiero a ti, ya no, me espera un autobús, posiblemente mi último autobús. Adiós.

Ella sale, vemos como sube al autobús.

ÉL.- Te quiero porque no encuentro ninguna razón para no hacerlo.

3. Nada de nombres.

Asientos 12A y 12B.

Conductor.- Señoras y señores, bienvenidos al autobús del amor, flechazos en ruta, un servicio discrecional de Autocares Amorós. La duración estimada del viaje es de una hora y 15 minutos. Al finalizar este viaje, un viaje directo al corazón, esperamos que usted, usted y también usted hayan encontrado ese amor perdido, olvidado o ¿por qué no?, ese amor ardiente y apasionado.

Señoras, señores, tomen asiento que el autobús del amor se dispone a arrancar.

Disfruten del viaje.

El autobús arranca.

EL.- Me llamo...

ELLA.- Shhhhhhh. Nada de nombres.

EL.- Por qué.

ELLA.- Si yo te gusto a ti y tú me gustas a mí, estoy segura de que, antes o después, acabaremos sabiendo nuestros nombres. En cambio, si después de estos cinco minutos no nos gustamos, lo mejor para ambos será que no sepamos nada el uno del otro así, si algún día volvemos a encontrarnos fuera de este autobús, no tendremos que mirarnos de reajo, avergonzados, y saludarnos porque sí, por educación, no hará falta porque seremos dos desconocidos, simplemente, dos desconocidos sin nombre.

EL.- Ya, pero si tengo tan poco tiempo para conocerte, sólo cinco minutos, ¿cómo quieres que lo haga si no me dices cómo te llamas?

ELLA.- Yo no soy mi nombre. Mi nombre sólo me identifica, pero no soy yo. Hay personas que tienen nombres simples, como Ana o Luis o Ramón y son tremendamente complejas, o personas con nombres poco comunes, como Terencio o Hermengildo o Nepomucena que son más sencillas que el mecanismo de un botijo. El nombre es sólo una convención, no somos cómo nos llamamos.

EL.- Sí, sí, pero, no sé, si quiero escribirte una carta o si te veo por la calle a lo lejos o si quiero susurrar tu nombre al viento mientras te digo que te quiero, cómo podré hacerlo si no sé cómo te llamas.

ELLA.- Mira, ¿por qué no hacemos una cosa? Ponme tú el nombre que quieras.

EL.- Qué.

ELLA.- Elige un nombre para mí y así me llamaré a partir de ahora, bueno, sólo durante esta cita a ciegas. Yo también elegiré otro para ti, un nombre que sólo sabremos tú y yo. A ver, te llamaré, sí, sí, voy a llamarte Ernesto, tienes pinta de llamarte Ernesto.

EL.- ¿Y qué pinta tiene alguien de llamarse Ernesto?

ELLA.- No lo sé, me vino a la cabeza así de repente. Tienes cara de llamarte Ernesto.

EL.- La importancia de llamarse Ernesto.

ELLA.- ¿Qué importancia?

EL.- No, ninguna, la obra de teatro.

ELLA.- Ah, claro, claro. Ernesto, el hombre honesto. ¿Eres tú un hombre honesto Ernesto? ¡Qué cara de Ernesto tienes!

EL.- Vaya, nunca me lo hubiera imaginado. Pues tú, tú tienes pinta de llamarte Eloisa.

ELLA.- Ah no, Eloisa no.

EL.- ¿Por qué?

ELLA.- ¿Acaso tengo pinta de estar debajo de un almendro?

EL.- No, bueno, no lo sé, ¿por qué no?

ELLA.- ¿Qué haría una mujer como yo debajo de uno?

EL.- No lo sé, en la obra de teatro estaba muerta.

ELLA.- ¿Tengo pinta de estar muerta?

EL.- No, no.

ELLA.- ¿Entonces?

EL.- Olvídalo.

ELLA.- Llámame Predestinación.

EL.- Predestinación. Un poco largo, ¿no te parece?

ELLA.- Puedes llamarme Pe.

EL.- Oye, ¿por qué no me llamas Javier Bardem?

ELLA.- No tienes pinta de Javier Bardem.

EL.- Ni tú de Pe.

ELLA.- No, supongo que no. ¿No se te ocurre ningún nombre que ponerme?

EL.- Mi madre se llamaba Esperanza.

ELLA.- ¿Vas a ponerme el nombre de tu madre?

EL.- Es bonito.

ELLA.- No quiero llamarme como tu madre.

EL.- ¿Por qué no? Era una buena mujer.

ELLA.- Nuestra relación se convertiría en algo incestuoso, ¿no crees?

EL.- Sí, no sé, si tú lo dices. Esto de poner nombres es difícil.

ELLA.- Si no tienes ningún nombre para mí, lo mejor será que te vayas y que pase el siguiente.

EL.- Mari Carmen.

ELLA.- Ese no vale, lo has dicho por decir.

EL.- ¿Margarita?

ELLA.- Se llama mi amor.

EL.- África.

ELLA.- Nada de continentes.

EL.- Afrodita.

ELLA.- Ni de diosas.

EL.- Celeste.

ELLA.- Eso es un color.

EL.- María.

ELLA.- Y José.

EL.- Obdulia.

ELLA.- Sin comentarios.

EL.- Angustias.

ELLA.- Por favor.

EL.- Socorro.

ELLA.- Ni muerta.

EL.- Joaquina, Filomena, Rigoberta, Tomasa, Purificación, Francisca, Josefa, Pepa, Pepita, Pepi,...

ELLA.- Ya está bien.

ÉL.- Lola Flores.

ELLA.- Se acabó.

EL.- ¿Me voy?

ELLA.- Ernesto, será lo mejor.

EL.- *Se levanta.* No me llamo Ernesto, aunque tenga pinta de llamarme Ernesto, no me llamo Ernesto, me llamo Jose Antonio, Jose Antonio Rodríguez Palacios, eso pone en mi DNI , ¿lo ves? *Se lo enseña.* Hasta nunca, ha sido un placer “casi” conocerte, señora X.

Se cambia de asiento, asiento 7B, unas filas más adelante.

ELLA.- *Pausa breve.* Mi nombre es Rocío, Rocío Cánovas Jiménez.

4. Londres.

Asientos 11A y 11B.

ELLA.- Lo que más me gusta de Londres son estos autobuses sin techo.

ÉL.- Sí, están muy bien, si no llueve.

Empieza a llover.

ELLA.- Vamos hombre, sólo es agua, qué poco romántico.

ÉL.- Los ingleses siempre lo hacen todo al revés, conducen por la izquierda, pesan en onzas, corren en yardas, beben pintas, miden a pies y, por supuesto, pagan en libras esterlinas, lo del euro no va con ellos.

ELLA.- Pero tienen a los Beatles, las cabinas telefónicas rojas, el té inglés, el humor inglés, el Corte inglés y a Andrew Lloyd Webber.

ÉL.- ¿A quién?

ELLA.- El de los musicales.

ÉL.- Otra cosa que no soporto. Los musicales. No entiendo qué puede ver la gente en un montón de gatos cantando o en un tío que dice ser un fantasma y que canta ópera. Es absurdo.

ELLA.- Oye, ya está bien.

ÉL.- Qué.

ELLA.- Podrías intentar ser un poco más positivo. Nada te parece bien.

ÉL.- Y qué culpa tengo yo si el mundo está hecho así.

ELLA.- Así como.

ÉL.- Tan mal.

ELLA.- Ah, claro, es eso. Seguro que tú lo hubieras hecho mucho mejor.

ÉL.- Sin duda.

ELLA.- Te crees perfecto.

ÉL.- No, perfecto, no. Pero me acerco bastante.

ELLA.- Serás engreído.

ÉL.- Soy sincero. En mis treinta años de servicio...

ELLA.- Ya está, ya salió. Oye, el que hayas trabajado en inteligencia no quiere decir que la tengas.

ÉL.- Yo no he dicho eso. Sólo digo que este mundo en el que vivimos es un auténtico desastre y que si alguien, llámalo Dios, Alá, Obama, o quien sea, me diese la oportunidad, podría mejorarlo, arreglarlo un poco, -bastante-, hacerlo un lugar menos caótico, más habitable.

ELLA.- No me lo puedo creer. ¿Te estás oyendo? Lo peor de todo es que hablas en serio.

ÉL.- Muy en serio.

ELLA.- Será posible. Así que tú, Pepe Bernabéu, nacido en Muchamiel, Alicante, vas a terminar con todos los problemas del mundo.

ÉL.- Con todos los importantes sí, desde luego.

ELLA.- El hambre en el mundo.

ÉL.- Por supuesto.

ELLA.- Por supuesto. ¿Y el terrorismo también?

ÉL.- Es muy sencillo.

ELLA.- Es muy sencillo, claro, y el paro, ¿por qué de paso no arreglas lo del paro?

ÉL.- El paro, la sanidad, la educación, la inmigración, la religión, la energía, el calentamiento global, el conflicto palestino, la guerra de Afganistán, la paz mundial, en definitiva, esos problemas tienen solución y esa solución la he encontrado yo.

ELLA.- ¿Ah sí, y cuál es? Listo más que listo.

ÉL.- Si te vas a poner así no te lo cuento.

ELLA.- No, no, perdona, cuenta, cuenta.

ÉL.- ¿De verdad quieres saberlo?

ELLA.- Sí.

ÉL.- Aquí la tienes.

ELLA.- Qué es eso.

ÉL.- Una pastilla.

ELLA.- Eso ya lo veo.

ÉL.- Es una droga.

ELLA.- ¿Una droga?! Ay, Pepe, no me digas que te has convertido en un dromedario de esos.

ÉL.- No, no soy ningún camello. Angelines, esta pastilla es más que una droga. Es la droga definitiva.

ELLA.- Pepe, por Dios, tira eso que si nos pillan nos meten en la cárcel a los dos y yo no quiero pasar el resto de mi vida en una cárcel inglesa, sobre todo porque no sé inglés.

ÉL.- Tranquila, no es una droga ilegal, no es ilegal porque sencillamente no existe, es decir, nadie sabe de su existencia. A la persona que se la tome le confiere un total e infalible poder de persuasión.

ELLA.- ¿Qué quieres decir?

ÉL.- El que se tome esta pastilla tiene veinticuatro horas para convencer a la humanidad de lo que quiera y la humanidad entera se convencerá.

ELLA.- Ay, Pepe, no entiendo nada. Para convencer de qué.

ÉL.- De lo que quiera. De cualquier cosa, de todo.

ELLA.- ¿Y qué vas a hacer con eso, Pepe?

ÉL.- Mañana me tomaré esta pastilla y cambiaré este cochino mundo.

ELLA.- Pepe, me das miedo.

ÉL.- Angelines, ¿por qué crees que hemos venido a Londres?

ELLA.- No lo sé, ¿para ver El Fantasma de la Ópera?

ÉL.- ¿Un musical? ¿Estás loca o qué? Por supuesto que no. Mañana se reúne el G8, los presidentes de los 8 países más poderosos del mundo estarán aquí, en Londres, y yo estaré allí.

ELLA.- Estás loco.

ÉL.- Cuando me tome esta pastilla, podré entrar sin problemas en la sala donde se reúnen, les hablaré y los presidentes de las naciones más importantes del planeta me escucharán y, lo más increíble de todo, les convenceré. Angelines, imagínatelo, el desarme nuclear, la paz en Oriente Medio, el protocolo de Kyoto, todo, mañana todo eso será una realidad porque yo les habré convencido.

ELLA.- Pepe, se te ha ido la olla.

ÉL.- Mañana lo verás, te convencerás, serás la primera en convencerte, gracias a esta pastilla, la droga de la persuasión.

ELLA.- Dame eso, antes de que un policía nos detenga.

ÉL.- Suelta Angelines, tú no lo entiendes...

ELLA.- Sí, sí, lo entiendo perfectamente, te has vuelto loco. Dame.

ÉL.- Es única, una pastilla única.

ELLA.- ¡Que me la des!

ÉL.- ¡Angelines, no, ¿qué haces?!

ELLA.- *Se la traga.* Ya está, se acabó. Sólo espero que ahora no empiece a ver dragones rosas volando.

ÉL.- ¡¿Qué has hecho?!

ELLA.- Evitar que nos encierren Pepe, eso he hecho. Tendrías que agradecermelo.

ÉL.- Gracias Angelines, muchísimas gracias.

ELLA.- Y ahora siéntate y disfrutemos del paseo. Hay que ver, no se te puede sacar de España.

ÉL.- Tienes razón Angelines, no se me puede sacar de España.

ELLA.- Mañana cogemos un avión y nos volvemos a casa.

ÉL.- Lo que tú digas Angelines, mañana cogemos un avión y para casa.

ELLA.- Oye, a mí no me des la razón como a los tontos.

ÉL.- Por supuesto que no.

ELLA.- Con lo que me hubiera gustado ver El fantasma de la Ópera Pepe, no entiendo cómo no te pueden gustar los musicales.

ÉL.- ¿Quieres ver El Fantasma de la Ópera?

ELLA.- Sabes que sí.

ÉL.- Pues esta noche vamos a ver El Fantasma de la Ópera.

ELLA.- Pepe, ¿te encuentras bien?

ÉL.- Perfectamente, ¿por qué?

ELLA.- Has dicho que vamos a ir a ver El Fantasma de la Ópera, un musical.

ÉL.- Sí, si tú dices que es estupendo será estupendo.

ELLA.- Sí, ya, pero... *Pausa breve.* ¡Ay va! Pepe, escucha, escúchame con atención.

ÉL.- Angelines, soy todo oídos.

ELLA.- ¿Qué te parece que en aquí, en Londres, la gente conduzca por la izquierda?

ÉL.- ¿Que qué me parece?

ELLA.- Sí, ¿no crees que es maravilloso?

ÉL.- Sí, sí, sí, maravilloso. Todo el mundo debería de conducir por la izquierda, de hecho, cuando vuelva a España yo mismo conduciré por la izquierda, siempre por la izquierda, se acabó conducir por la derecha.

ELLA.- ¡Santa María madre de Dios!

ÉL.- Qué.

ELLA.- Nada, nada. Vamos a ver Pepe, siéntate y escucha atentamente lo que voy a decirte. *Pausa breve.* La lavadora, poner lavadoras es algo fascinante, al igual que planchar, que te encanta.

ÉL.- Me encanta planchar y poner lavadoras.

ELLA.- Eso. Y limpiar la casa te vuelve loco y cocinar para mí y viajar y hacerme masajes en los pies y... *Pausa breve.* Y sobre todo te gusta cantar, cantar y bailar, como en los musicales de Broadway. Lo haces a todas horas.

Suena los acordes de El fantasma de la Ópera, ÉL se pone a cantar y ella le acompaña haciéndole los coros. Apenas puede contener una lágrima de felicidad.

5. Quiebra total.

Asientos 8A, 8B y 10A.

ELLA.- ¿Se puede saber qué demonios haces tú aquí?

EL.- Impedir que hagas una tontería.

ELLA.- Mira, no me hagas reír. ¿A qué has venido? *Pausa breve.* Te he hecho una pregunta.

ÉL.- Me ha dejado.

ELLA.- Te ha dejado. Pues claro que te ha dejado. La francesita de ojos de petit suisse se ha dado cuenta de lo viejo e imbécil que eres y te ha dejado, por eso estás ahora aquí, con el rabo entre las piernas. Resultas patético, mírate. Y yo, gracias a Dios, ya no te necesito, ¿me oyes? Así que lárgate y que pase el siguiente, a ver si encuentro alguien interesante con el que pasar mis vacaciones.

ÉL.- ¿Cómo puedes ser tan cruel?

ELLA.- ¿Yo cruel? Perdona, sí tú, ¿estás libre? Él ya se iba. Largo.

CONTABLE.- Hola, me llamo...

ÉL.- Déjame explicarme...

ELLA.- No le hagas caso, ¿decías?

CONTABLE.- Me llamo Alfonso y soy contable. Tengo un piso en el centro de Alicante que terminé de pagar hace 9 años, un plan de pensiones y una cuenta de ahorros saneada.

ÉL.- Por Dios, si parece que te vaya a pedir una hipoteca, en lugar de una cita.

ELLA.- Cállate.

CONTABLE.- Busco una relación seria, nada de aquí te pillo aquí te mato. Quiero encontrar a una amiga con quien poder conversar de todo y de nada, una compañera de viajes imposibles, una accionista en la vasta empresa del amor y bueno sí, una amante sin penalización por amortización anticipada.

ÉL.- Mira qué bien. Un contable poeta.

ELLA.- ¿Por qué no le pides al conductor que te abra la puerta del autobús y nos haces un favor a todos y te tiras de cabeza?

ÉL.- Tú aún me quieres.

ELLA.- ¿Yo? No me hagas reír.

ÉL.- Sí, me quieres.

ELLA.- Tanta Viagra te ha debido afectar el cerebro, no sabes lo que dices.

ÉL.- Volvamos a empezar.

ELLA.- Yo no quiero empezar nada, ahora sólo quiero terminar, terminar cosas, terminar mi colección de dedales, terminar este libro, terminar mis vacaciones, terminar de enamorarme de otro. Ya terminé contigo, así que no voy a volver a terminar algo que ya he terminado. Sería absurdo.

ÉL.- Terminemos nuestra vida juntos.

ELLA.- Que no. Yo contigo ya no hago nada juntos. ¿Te enteras?

ÉL.- Me he dado cuenta de que no puedo vivir sin ti.

ELLA.- ¿Un poco tarde, no crees?

ÉL.- Nunca es tarde.

ELLA.- Si la dicha es buena, pero la dicha se nos acabó hace muuucho tiempo.

ÉL.- Mírame a los ojos, dime que no me quieres y me iré.

ELLA.- No te quiero. Hala, largo, vamos, fuera.

ÉL.- Un beso. Es lo único que te pido, un beso de despedida. Déjame saborear tus labios por última vez y no volverás a verme el pelo nunca más.

ELLA.- Eso mismo me dijiste hace treinta años.

ÉL.- ¿Te acuerdas?

ELLA.- Cómo olvidarlo. Era joven y tonta. Una ingenua. Si entonces no te hubiera dado aquel beso,

ÉL.- Frente a la puerta de casa de tus padres.

ELLA.- probablemente me hubiera liado con Andrés y hoy sería la mujer de un médico, un radiólogo. Qué idiota fui.

ÉL.- ¿No vas a dejarme que te dé un beso?

ELLA.- Que no, pesado.

ÉL.- ¿Me tienes miedo?

ELLA.- ¿Miedo? ¿De ti? Asco más bien es lo que siento por ti, asco.

ÉL.- Siempre te hiciste de rogar.

ELLA.- ¿Me estás llamando estrecha? Aún te ganas una hostia.

ÉL.- Sólo te digo que porque me des un beso no se va a acabar el mundo, anda por favor, ¿tanto te cuesta? Y te dejaré en paz, saltaré del autobús en marcha si es lo que quieres.

ELLA.- ¿Lo prometes?

ÉL.- Tienes mi palabra de honor.

ELLA.- Tu palabra dejó de tener honor cuando te encontré en la cama con aquella francesita de ojos de petit suisse.

ÉL.- Me equivoqué. Lo siento. ¿Es que uno no tiene derecho a equivocarse?

ELLA.- Claro, puedes equivocarte las veces que tú quieras. Lo que no te permito es que vuelvas a romperme el corazón. Equivócate siempre, pero no conmigo.

ÉL.- Nunca volveré a equivocarme contigo.

ELLA.- Exacto, porque lo nuestro se acabó.

ÉL.- Conductor, ¿puede abrirme la puerta? Yo me bajo aquí. *Pausa breve.* ¿Sabes una cosa? Cuando uno cree que ha madurado y mide su experiencia en canas, de repente, te encuentras que vuelves a tener 15 años y sin darte cuenta, vuelves a cometer las mismas estupideces que cometiste entonces. No es ninguna excusa, pero no se me ocurre otra manera de pedirte perdón. Adiós.
Se va y ocupa el asiento 10A, junto a una mujer que le enseña su DNI.
Pausa larga.

ELLA.- Y tú, di algo coño, ¿te has quedado mudo o qué?

CONTABLE.- Yo, yo me siento en suspensión de pagos.

ELLA.- En quiebra total, contable, yo en quiebra total.

6. Benidorm.

Por la megafonía de la playa se oye:

Off.- Atención, atención, se ha perdido una señora de 63 años, lleva bañador azul y responde al nombre de Encarna González García, por favor rogamos a su marido que se persone en el puesto de la Cruz Roja lo antes posible, gracias.

ENCARNA.- *En traje de baño y con una gran toalla en la mano.* Me quedé dormida, sí. Yo tengo un sueño muy profundo sabe, y a veces tengo pesadillas, pesadillas muy raras. Una vez soñé que mi marido me dejaba abandonada en una gasolinera. Me decía, baja un momento del coche nena, él ponía gasolina y luego se iba. Imagínese la cara que se me quedaba viendo cómo el muy cabrón aceleraba al entrar en la autopista.

Lo que debió pasarme es que me despertaría, sin duda y, aún medio dormida, me pondría a andar por la playa, totalmente desorientada, como sonámbula sí y, bueno, andando, andando debí de alejarme de mi marido. Cuando tuve plena consciencia de mí y de dónde estaba -o no estaba-, intentaría deshacer mis pasos, pero como no me acordaba por dónde había dirigido mis pasos no sabía por dónde deshacerlos. Después intenté recordar dónde habíamos plantado la sombrilla. Hay tantas sombrillas en esta playa y todas iguales, como un campo inmenso de margaritas. Empecé a agobiarme después de dos o tres horas andando, creo, no estoy segura, para mí es como si hubieran pasado dos o tres días. Ay, seguro que mi marido está muy preocupado, él no puede estar solo, no sabe hacerse ni un huevo frito. Estará a punto de venir a por mí. Mi marido es un inútil, siempre tengo que estar encima recordándoselo todo, figúrese que

no sabe hacerse ni una tortilla a la francesa. Nene, te has tomado la pastilla, nene, tómate la pastilla, nene, la pastilla, nene, nene, ¡nene! Enciende el sonotone, nene. Toda la vida igual, no sabe hacerse ni un huevo pasado por agua. Yo no quería irme de viaje, sabe, prefiero estar en mi casa. Como en casa no se está en ninguna parte. Pero un día me vino con los billetes, en plan sorpresa, ¡nos vamos a Benidorm! Y qué iba a hacer yo, si al hombre se le empieza a ir la cabeza. Yo pensaba: a ver a dónde vamos a ir éste y yo después de cincuenta y tres años de matrimonio sin salir de Minaya, sí, en Albacete, un pueblo precioso, Minaya, ¿lo conoce?, bueno, cuando nos casamos nos fuimos a Madrid a pasar unos días a casa de una prima de mi madre, sí, de luna de miel, a mí no me gustó nada la capital, tanta gente, por dónde vayas, y nadie te mira a la cara, y si pueden pisarte, te pisan y si pueden robarte, te roban y si pueden robarte mientras te pisan, lo hacen. Cuando venga a buscarme él mismo se lo puede decir. Benidorm es otra cosa. Tenía ilusión el hombre de ver el mar y cuando llegamos a la playa apenas podemos el verlo, con tanta sombrilla y tanto niño gritando y manchándote la toalla con arena y todos esos chavales fumando esas porquerías que fuman con esa música que no es música ni es nada y todas esas desvergonzadas, sí lo que oye, unas desvergonzadas enseñándolo todo, que si fueran hijas mías se iban a enterar, con esas braguitas minúsculas que se les mete por ahí, por el culo, que tiene que hacer herida, digo yo, un tanga de esos, qué bonito, con todo el culo ahí en pompa y las tetas al aire, y venga a echarse crema y venga a echarse crema, y todos los señores sin quitarles el ojo de encima, no mi marido no, que ya le doy un pescozón si le veo mirar a otra, sí, estará al caer, que alegría se va a llevar cuando me encuentre, qué alegría. ¿Y si le vuelve a avisar por megafonía? A veces se le olvida encenderse el sonotone y no oye nada. ¿Cómo que no hay nadie en la playa?, pero si estaba llena de gente, a rebosar, si no podíamos plantar la toalla, ¿a dónde se han ido todos? En Minaya la gente no se va a ninguna parte, siempre están los mismos todo el año en el mismo sitio. Ya sé que es enero, pero esto es Benidorm, ¿no?, y en Benidorm la gente va todo el año a la playa, aunque sea enero, ¿dice usted que está lloviendo? Pero si hace un momento hacía un solazo que para qué. Mi marido estará al caer joven, ya lo verá. Seguro que estará buscándome como un loco, ¿qué va a hacer si no? Si no sabe hacerse ni un huevo pasado por agua. Avise, vamos, avise.

7. Última voluntad.

Asientos 9A y 9B.

HOMBRE 1.- Hola.

HOMBRE 2.- Hola guapo. *Le va a dar dos besos, el otro le da la mano.* Te noto un poco tenso.

HOMBRE 1.- Sí bueno, verás, yo, es la primera vez que...

HOMBRE 2.- Que subes al autobús del amor. Me encanta. Yo vengo todos los años. Es la mejor manera para viajar y, de paso, conocer a hombres tan atractivos como tú.

HOMBRE 1.- Gracias, aunque en realidad es mi primera vez, mi primera vez en todo.

HOMBRE 2.- Ay por Dios, no me lo puedo creer, ¿acabas de salir del armario? Pero hijo de mi vida, ¿qué edad tienes?

HOMBRE 1.- 58.

HOMBRE 2.- Pues ya era hora, cariño. Pero tú tranquilo que nunca es tarde para ingresar en el club. ¿Estás casado?

HOMBRE 1.- No, no, no, no. Yo vivo con mi madre, siempre he vivido con mi madre.

HOMBRE 2.- Ah, qué bien, ¿y cómo está...?

HOMBRE 1.- Murió hace tres meses.

HOMBRE 2.- Vaya, cuanto lo siento, y entonces tú, ¿nunca has estado con nadie, con otro hombre?

HOMBRE 1.- No.

HOMBRE 2.- ¿Y no te has vuelto loco?

HOMBRE 1.- No, creo que no, vamos.

HOMBRE 2.- Yo me hubiera vuelto loca, más aún, bueno, pues ahora tienes que ponerte al día, madre mía, no sé por dónde empezar. Lo primero será llevarte a los sitios de ambiente y a las saunas y al cuarto oscuro y a los probadores del Corte Inglés y a una carroza el día del orgullo gay y, claro, fundamental, tendremos que hacer el amor urgentemente, eso de ser virgen a los 58 está totalmente pasado de moda.

HOMBRE 1.- Yo lo único que quiero es cumplir con la última voluntad de mi madre.

HOMBRE 2.- ¿Ah, sí? Qué mono, yo es que no tengo voluntad para nada, he intentado dejar de fumar cien veces y, bueno, imposible.

HOMBRE 1.- Antes de morir me dijo que ella siempre había sabido que yo era homosexual.

HOMBRE 2.- Las madres tienen un sexto sentido para esas cosas, el sentido gay, mi madre dice lo supo nada más nacer, me contó que cuando el doctor me dio una palmadita en el culo no lloré, gemí de placer como una perra.

HOMBRE 1.- Me habló de este autobús, donde las personas vienen a conocerse, a buscar el amor. Me pidió que, cuando ella ya no estuviese, no perdiera ni un solo minuto y empezara una nueva vida.

HOMBRE 2.- Cariño, eso está muy bien.

HOMBRE 1.- Yo no pensaba venir, pero cuando el notario leyó el testamento, mi madre lo había dejado todo por escrito.

HOMBRE 2.- Qué maja tu madre, ¿no?

HOMBRE 1.- Ella ya me había apuntado a este viaje para que encontrara a un hombre, un hombre al que cuidar tanto como yo la había cuidado a ella y bueno, esa era su última voluntad, tendría que casarme con él y vivir juntos en la misma casa dónde ella había sido tan feliz con mi padre y luego, cuando él murió, conmigo.

HOMBRE 2.- Ay por Dios para, no sigas, qué bonito, creo, creo que voy a llorar, por favor.

HOMBRE 1.- Por eso, en fin, sé que aún no nos conocemos lo suficiente, pero...
¿Quieres casarte conmigo? *Le enseña un anillo de compromiso.*

HOMBRE 2.- ¿¡Qué!? Me has dejado muerta yo, no sé qué decir yo, aún no sé cómo te llamas, ni siquiera nos hemos dado un beso y bueno, no hemos hecho nada de nada, ay señor, qué hago, qué nervios, qué digo, qué hombre, qué, qué, qué... ¡qué demonios, sí, sí, SÍ QUIERO!

HOMBRE 1.- Fantástico. Ya lo tengo todo preparado, en una hora más o menos el autobús hará una paradita en el ayuntamiento de Alicante, allí nos espera el Concejal de Cultura, que es amigo mío, con todos los papeles preparados, una firmita y voilà ya estaremos casados.

HOMBRE 2.- Oye, perdona pero, ¿no crees que vas un poco rápido?

HOMBRE 1.- ¿Rápido? ¿A qué te refieres?

HOMBRE 2.- Nos conocemos hace un minuto y medio.

HOMBRE 1.- Bueno, esto del autobús del amor es así, ¿no? Amor instantáneo, flechazos en ruta, un viaje directo al corazón, eso dice la publicidad. Además, hace un minuto tú me estabas proponiendo que me acostara contigo. Yo, en fin, soy un poco más antiguo y necesito esperar a la noche de bodas para eso, ya sabes.

HOMBRE 2.- Sí ya, pero un polvo es un polvo. Casarse es para toda la vida, o eso dicen.

HOMBRE 1.- ¿No quieres casarte conmigo?

HOMBRE 2.- No, no es eso.

HOMBRE 1.- ¿Entonces?

HOMBRE 2.- Necesito saber algo más de ti, tu nombre por ejemplo.

HOMBRE 1.- Juan, ¿qué más?

HOMBRE 2.- No sé, tu horóscopo, tu comida favorita, la música que te gusta, de qué lado de la cama duermes,...

HOMBRE 1.- Aries, la cocina japonesa, Rocío Jurado, justo en el medio de la cama, ¿algo más?

HOMBRE 2.- No, no, creo que es todo. Bueno sí, me gustaría saber qué tal besas.

HOMBRE 1.- ¿Un beso?

HOMBRE 2.- Sí, nos acabamos de prometer, quiero besar a mi futuro marido.

HOMBRE 1.- Sí, sí, claro, un beso.

Se acercan muy lentamente y cuando los labios están a punto de tocarse...

HOMBRE 1.- No soy gay.

HOMBRE 2.- Qué.

HOMBRE 1.- Que no soy homosexual. Mi madre creía que lo era, pero no lo soy.

HOMBRE 2.- No entiendo nada.

HOMBRE 1.- Si no me caso no hay dinero. El testamento de mi madre así lo estipula, es muy claro, su última voluntad es que hasta que no me case con un hombre no tendré derecho a nada, ni a la casa, ni al dinero, a nada.

HOMBRE 2.- Joder con tu madre.

HOMBRE 1.- Toda la vida cuidando de ella y ya ves. *Pausa breve.* Lo siento.

HOMBRE 2.- No te preocupes. Será mejor que te devuelva esto. *Se quita el anillo.*

HOMBRE 1.- ¿Seguro que no quieres...? Ahora que lo sabes podríamos casarnos y luego, después de arreglar lo de la herencia, nos divorciamos, ¿qué me dices?

Pausa.

HOMBRE 2.- Podría casarme contigo, pero ¿sabes? me gustas demasiado y en la noche de bodas es posible que intentara acostarme contigo. Al día siguiente tú y yo amaneceríamos desnudos en el centro de una cama enorme y después de despertarte con un beso tú me lanzarías una mirada de infinito desprecio. *Le entrega el anillo.* No gracias, no quiero casarme, aunque sea de mentira, con un Aries que come pescado crudo, escucha a Rocío Jurado y nunca aceptará que es homosexual.

8. Roma.

En mitad del Puente de Sant'Angelo.

ADELA.- Cómo pesa esta maleta.

MARGA.- El puente de Sant'Angelo. ¿Sabías que en el siglo XVI este puente se utilizó para exponer los cuerpos de los ejecutados?

ADELA.- Pesa como un muerto.

MARGA.- Adela, por favor.

ADELA.- Perdona, pero pesa una tonelada.

MARGA.- Como la mía.

ADELA.- La mía pesa más, te lo digo yo, será por su cabeza, ese gran y enorme cabezón.

MARGA.- Adela.

ADELA.- Oye, Marga, creo que me habla.

MARGA.- Qué dices.

ADELA.- Que me habla.

MARGA.- Que te habla quién, ¿la maleta?

ADELA.- No, sí, bueno, él, su cabeza.

MARGA.- No digas tonterías, mujer, ¿cómo te va a hablar?

ADELA.- Que me habla, Adela. Desde que llegamos a Roma. Yo hago cómo que no le oigo, pero no para.

MARGA.- ¿Y qué te dice?

ADELA.- De todo menos bonita.

MARGA.- ¿Y de mí, te dice algo de mí?

ADELA.- No. De ti no dice ni pío. *A la maleta.* Será cerdo.

MARGA.- Qué.

ADELA.- Se ha tirado un peo.

MARGA.- Siempre ha padecido de gases.

ADELA.- Lo que me faltaba, mi maleta se tira pedos.

MARGA.- No, él, Alfredo se los tira, ¿o es que contigo no se los tiraba?

ADELA.- No, conmigo no. Jamás le oí la más mínima pedorreta. Era todo un caballero.

MARGA.- ¿Qué estás insinuando, que conmigo no era un caballero?

ADELA.- No, bueno, ya sabes, con su mujer un hombre se relaja en ese aspecto, bueno en ese aspecto y en otros.

MARGA.- ¿Qué quieres decir?

ADELA.- No quiero decir nada.

MARGA.- ¿En que otros aspectos se relajaba mi marido, si puede saberse?

ADELA.- Tú sabrás.

MARGA.- ¿Él te dijo algo?

ADELA.- No hace falta, una mujer sabe esas cosas.

MARGA.- Qué cosas.

ADELA.- Esas cosas, ya sabes. Bueno, claro, no lo sabes, por eso tu marido se acostaba conmigo, por esas cosas que no sabes.

MARGA.- Perdona, pero yo lo sé todo, todas esas cosas que tú dices que no sé, las sé mucho antes que tú, porque esas cosas las sabe todo el mundo. Las cosas de toda la vida, es decir, la cosa de siempre, la de los sábados por la noche. ¿Qué? ¿Hay más cosas? ¿Qué cosas?

ADELA.- ¿Lo has oído?

MARGA.- No, ¿se ha tirado otro peo?

ADELA.- No, me acaba de decir que contigo la cosa siempre fue muy aburrida.

MARGA.- *A la maleta.* Lo mismo te digo. Además, “tu cosa” siempre me pareció bastante fea y desagradable. Una cosa sucia y antipática, como una serpiente.

ADELA.- A mí me gustaba. *A la maleta.* De nada.

MARGA.- Guarra.

ADELA.- Estrecha. *Mirando la maleta.* Lo ha dicho él.

MARGA.- ¡A mucha honra!

ADELA.- *A la maleta.* ¿Otra vez? ¡Que no! ¡Vas a volverme loca!

MARGA.- ¿Qué quiere ahora?

ADELA.- Quiere volvamos a ir a la Fontana di Trevi, dice que le gustaría que tirásemos una moneda por él.

MARGA.- ¿Ah, sí, y para qué?

ADELA.- No sé, querrá pedir un deseo.

MARGA.- Qué bonito, un deseo, siempre fue un romántico. *A la maleta.* ¿Alfredo, qué deseo vas a pedir, eh? *Pausa, ella no puede oírle.* ¿Qué dice?

ADELA.- *Riéndose.* Que un piano de cola enorme caiga del cielo y te aplaste como un sello, como un chicle sanguinolento, pegado en mitad de la calle.

MARGA.- *Pegándole patadas a la maleta.* ¿Te crees muy gracioso, eh, te crees muy gracioso?

ADELA.- Déjale en paz, después de lo que le hemos hecho es normal que no desee que te toque la lotería precisamente. ¡Qué! *Le pega varias patadas a la maleta.*

MARGA.- Qué pasa, qué te ha dicho.

ADELA.- Que el piano de cola es para las dos.

MARGA.- Pues que se olvide de la Fontana di Trevi.

ADELA.- Ya lo has oído.

MARGA.- Uy, ¿has oído eso?

ADELA.- Qué.

MARGA.- Mi maleta, bueno, ella, que me ha hablado.

ADELA.- No, yo sólo le oigo a él. ¿Qué dice?

MARGA.- Dice que somos unas asesinas y unas zorras.

ADELA.- Que te diga algo que no sepamos.

MARGA.- Oye bonita, zorra lo serás tú.

ADELA.- Alfredo dice que sí.

MARGA.- Que sí qué.

ADELA.- Que sí que eres una zorra.

MARGA.- Pues dile a mi marido que él es un adúltero y un cerdo.

ADELA.- Zorra. *Señalando la maleta.* Lo ha dicho él.

MARGA.- *A su maleta.* ¿Y a ti quien te ha dado vela en este entierro?

ADELA.- Tienes razón.

MARGA.- Qué.

ADELA.- Nosotras.

MARGA.- ¿Nosotras qué?

ADELA.- Dice que nosotras precisamente le dimos vela en este entierro.

MARGA.- ¿Pero tú de parte de quién estás?

ADELA.- De la mía, por supuesto. *A su maleta.* Lo de matarla a ella fue cosa suya.

MARGA.- Oye, fuiste tú la que vino a contarme que mi marido tenía un lío con otra. *A su maleta.* Sabía que jamás me dejaría por ella, pero por ti... Veintitrés años. ¿Quién puede competir con una niña de veintitrés años?

ADELA.- *A su maleta.* Después de tantos años diciéndome que ibas a dejar a tu mujer, no iba a consentir que ahora me dejaras por esa cría.

MARGA.- *A su maleta.* ¿Qué pudiste ver en él? Si casi te triplica la edad, por Dios.

ADELA.- *A su maleta.* Si podría ser tu hija, por Dios.

MARGA.- *A su maleta.* ¿Mi marido divertido?

ADELA.- *A su maleta.* Muy jovial, claro, con veintitrés años ya se puede ser jovial.

MARGA.- *A su maleta.* Y a ti que te importa.

ADELA.- *A su maleta.* Ya lo verás, es una sorpresa.

MARGA.- *A su maleta.* Es una sorpresa.

ADELA.- *Se sienta sobre su maleta.* Siempre quise ir a Roma con Alfredo.

MARGA.- *Se sienta sobre su maleta.* Yo llevaba años pidiéndoselo. Pero él, nunca quería ir a ningún sitio conmigo.

ADELA.- Fue una buena idea aprovechar sus billetes.

MARGA.- Menos mal que en la agencia de viajes no pusieron pegas para que pudiéramos ir nosotras.

ADELA.- Es lo que tiene viajar en autobús, en el último momento puedes hacer cambios.

MARGA.- Bueno, al final hemos estado en Roma los cuatro.

ADELA.- Por el mismo precio.

MARGA.- Ya sólo nos queda una cosa por hacer.

ADELA.- Sí. ¿Estás preparada?

Se suben encima de las maletas.

MARGA.- Este puente es precioso, ¿no crees?

ADELA.- Tengo vértigo. Marga, dame la mano.

MARGA.- A la de tres, ¿de acuerdo?

ADELA.- Mira, esos ángeles parece que nos miran.

MARGA.- Es que nos miran. Una, dos y...

ADELA.- Espera un momento.

MARGA.- Qué.

ADELA.- ¿Y si tiramos al río las maletas y nosotras nos vamos a tomar un capuchino?

MARGA.- Adela.

ADELA.- De acuerdo, de acuerdo. Pero no me sueltes, pase lo que pase tú no me sueltes.

MARGA.- No lo haré.

9. La hermana.

Asientos 4A, 4B y 6A.

EL.- ¿Cómo me has dicho que te llamas?

TERE.- Teresa.

ROSA.- *Aparece entre ambos.* Tere. Puedes llamarla Tere.

EL.- Perdona, ¿y tú quién eres?

TERE.- Es mi hermana.

ROSA.- Soy su hermana.

TERE.- Rosario.

ROSA.- Rosa.

EL.- Rosa.

Pausa, se miran.

ROSA.- Dos son compañía y tres son multitud, dicen. Una joya, se lleva usted una joya.

TERE.- Rosa.

ROSA.- Qué.

TERE.- Para.

ROSA.- Vale.

Se da la vuelta.

TERE.- Perdona.

EL.- No pasa nada.

TERE.- Es mi hermana mayor.

EL.- No te preocupes, bueno Teresa, Tere, tienes unos ojos muy bonitos, unos ojos preciosos.

TERE.- Gracias.

ROSA.- Gracias, gracias, ay no seas sosa, hija. Dile algo más, no sé, que tiene unas manos fuertes y varoniles, dile que cada centímetro de tu piel se muere por ser recorrida por esas manos, tan grandes, tan suaves, tan poderosas. ¡Qué manos más grandes!

TERE.- Gracias Rosa, pero si no te importa.

ROSA.- Claro, claro, perdona, no quería interrumpir. *Se da la vuelta.*

TERE.- Mi hermana es un poco protectora. ¿Me decías?

EL.- Pues, ya no sé qué...

ROSA.- *Se da la vuelta.* Le decías a mi hermana lo bonitos que tiene sus ojos.

EL.- Gracias.

ROSA.- De nada.

Se da la vuelta.

EL.- Tere, Tere, Tere. Me encantan tus ojos.

ROSA.- *Se da la vuelta.* Sí, ya eso ya se lo has dicho antes. A ver si puedes ser un poquito más original.

EL.- Oye disculpa, ya está bien. Así no hay forma.

ROSA.- Vale, vale. Un consejo: te sugiero que dejes de mirarle a los ojos y le mires directamente a los pechos, los tiene preciosos.

TERE.- ¡Rosa!

ROSA.- Ya me voy, ya me voy. *Se da la vuelta.*

EL.- Pues, eso, tus ojos, (*Le mira los pechos*) los tienes, los tienes, enormes, dos enormes ojos, como dos...

TERE.- Tú también tienes unos ojos preciosos.

ROSA.- *Se da la vuelta.* Joder con los ojos. Parecéis dos oculistas en un congreso de oftalmología. ¿Podemos pasar a otra cosa? Vale, ya me voy, ya me voy. *Se da la vuelta.*

EL.- Tere, Tere, Tere.

TERE.- ¿Sí?

EL.- Tienes una boca fantástica, estupenda, una boca pequeña, con dos finos labios y unos dientes pequeños...

ROSA.- *Se da la vuelta.* ...con sus incisivos, sus caninos, sus molares y sus premolares, anda Tere, enséñale los empastes. Si quieres puedo hacerte llegar su ficha dental. O podemos hacerle una inspección como a los caballos. Si te la vas a quedar tendrás que verle la dentadura. Abre la boca Tere, vamos, más.

EL.- Así no puedo, no puedo.

TERE.- Rosa, por favor.

ROSA.- Encima que lo hago por ayudar.

EL.- Gracias, pero no necesito su ayuda. Ya me las arreglo yo solito.

ROSA.- Pues quien lo diría. No me extraña que se haya subido a este autobús de desesperados.

EL.- El autobús del amor.

ROSA.- Eso. A intentar ligarse a la pobre infeliz de mi hermanita.

TERE.- Rosa.

EL.- Oiga.

ROSA.- Qué. ¿Quién puede encontrar el amor en un sitio como éste? Por favor.

EL.- Esto es inaudito.

TERE.- Lo siento.

ROSA.- No lo sientas.

EL.- ¡Cállese de una vez y vuelva a su sitio!

ROSA.- Bueno, cómo se ha puesto. Tere, este hombre pierde la paciencia enseguida, ten cuidado, seguro que tiene tendencia a la violencia y a la bebida. ¿Usted se droga?

EL.- ¿Pero qué dice esta mujer?

TERE.- Rosa, por favor. Ya está bien.

EL.- Está loca. Loca de remate. Mira, Teresa...

ROSA.- Tere.

EL.- Tere, lo siento, aún nos quedaban unos minutos, pero no lo aguanto más, me voy. *Se levanta y se sienta al final del autobús.*

TERE.- Rosa.

ROSA.- No era tu tipo. Tenía las manos demasiado grandes.

10. Alto Volta.

Asientos 7A y 7B.

CÁNDIDA.- Madre, despierte madre, ¡madre!, acabo de ver un cartel que reza: “Misión de San Pedro, Alto Volta, 30 kms”.

MADRE TERESA.- Gracias a Dios, creí que no llegaríamos nunca.

CÁNDIDA.- Este autobús parece que nos lleve al mismísimo infierno.

MADRE TERESA.- ¡Hermana Cándida!

CÁNDIDA.- Lo digo porque desde hace horas que no hemos visto a un alma, estamos a cincuenta mil grados, rodeadas de elefantes, rinocerontes, antílopes y mosquitos de esos que transmiten la fiebre amarilla... ah, y sin cobertura.

MADRE TERESA.- Sí, ¿no es maravilloso? Ya lo verás, hija mía, en la misión hay tanto por hacer, atender a los enfermos, cuidar a los niños, plantar hortalizas en el huerto y , por supuesto, rezar y predicar la palabra de Dios.

CÁNDIDA.- No sé madre, no sé, sin cobertura.

MADRE TERESA.- Deje la cobertura en paz. Seguro que entre las dos podemos convertir a esos salvajes en personas como Dios manda.

CÁNDIDA.- ¿A cuántos de esos salvajes ha convertido ya?

MADRE TERESA.- A ninguno, aún, pero hay uno que se lo está pensando. Ese cae seguro, por Santa Catalina que a ese le bautizamos antes de Cuaresma.

CÁNDIDA.- ¿Once años y aún no ha convertido a ninguno?

MADRE TERESA.- Como dijo santa Calma, la paciencia es la madre de todas las virtudes, no hay que atosigarles, si se sienten presionados pueden pensar que queremos lavarles el cerebro y obligarles a ser alguien que no son. Nada más lejos de la realidad.

CÁNDIDA.- ¿Ah no, y qué, cómo... ?

MADRE TERESA.- Hay que hacerles cambiar sin que se den cuenta. Una gota de agua puede romper la roca más dura. Y nosotras somos esas gotas, clin, clin, clin, goteando todo el día, clin, clin, clin, como un grifo roto, clin, clin, clin... sin parar.

CÁNDIDA.- ¿Con la sequía que hay no sería mejor arreglar el grifo?

MADRE TERESA.- Lo que más me costó fue convencerles de que el canibalismo no es una práctica cristiana.

CÁNDIDA.- Madre, será una broma.

MADRE TERESA.- Hermana, si te descuidas, por estos lares se te meriendan a la primera ocasión. Sor Clarita se fue a Nigeria y bueno, cuando se quiso dar cuenta ya se le habían zampado una pierna, la izquierda, algo de pechuga y parte de un brazo.

CÁNDIDA.- ¿Pero cómo?

MADRE TERESA.- Comiendo, no ves que no tienen un trozo de pan que llevarse a la boca. Además, ella estaba, lo que se dice, jamona. A esos pobres negritos se les tuvo que hacer la boca agua nada más verla. A la pata coja salió corriendo de la aldea. Menos mal que unos furtivos la capturaron pensando que era una especie de animal en peligro de extinción, que si no aún está pegando botes por la sabana.

CÁNDIDA.- ¡Lo mato! Yo lo mato. Si salgo viva de ésta, juro por Dios que lo mato.

MADRE TERESA.- ¡Hermana!

CÁNDIDA.- Cerdo, cobarde, rastrero...

MADRE TERESA.- ¡Ay, Dios, le ha picado algo! El mosquito de la fiebre amarilla.

CÁNDIDA.- No, no me ha picado ningún mosquito, un pájaro.

MADRE TERESA.- Qué pájaro.

CÁNDIDA.- El padre Juan. Menudo pájaro.

MADRE TERESA.- No le entiendo.

CÁNDIDA.- Un año separados, tú te vas a las misiones y yo me quedo aquí, meditando. Si cuando vuelvas aún sentimos lo mismo, cuelgo los hábitos. ¡Eso si vuelvo entera!

MADRE TERESA.- Santa María madre de Dios.

CÁNDIDA.- Yo me vuelvo en este autobús a España y lo mato.

MADRE TERESA.- Hermana Cándida, le exijo que se tranquilice. No matarás, dijo el Señor.

CÁNDIDA.- Sí, pero el Señor no conocía al padre Juan, a ese hijo de... Satanás y de su... santa madre.

MADRE TERESA.- Hermana, vamos a ver, ¿usted y el padre Juan han conocido el pecado de la carne?

CÁNDIDA.- Ya te digo. Quiero decir, sí madre, lo conocimos.

MADRE TERESA.- Bueno, la carne es débil, lo pone en los santos Evangelios.

CÁNDIDA.- Lo pone, lo pone, pero...

MADRE TERESA.- Quien esté libre de pecado que tire la primera piedra, dijo el Señor.

CÁNDIDA.- Ya madre, pero...

MADRE TERESA.- Una piedra en el camino me enseñó que mi destino era rodar y rodar. Y después me dijo un arriero que no hay que llegar primero, pero hay que saber llegar...

CÁNDIDA.- Sí, sí, ya, pero el padre Juan y yo llevábamos “tropezando con la misma piedra” seis meses, todos los días de la semana, incluidos domingos y fiestas de guardar.

MADRE TERESA.- ¡Seis meses! Pero eso, eso son muchísimos pecados, a ver, seis meses a treinta días, eso son... seis por tres dieciocho,... ciento ochenta, ciento ochenta pecados. Ay Señor.

CÁNDIDA.- Algunos días tropezábamos mañana y tarde.

MADRE TERESA.- ¡Jesús, María y José!

CÁNDIDA.- La carne es débil.

MADRE TERESA.- Déjese de carne, eso ya es vicio, hermana.

CÁNDIDA.- Eso mismo le decía yo, madre.

MADRE TERESA.- ¿Y no sentía remordimientos?

CÁNDIDA.- Uy, muchísimos, yo, después de tropezar, me sentía fatal, muy arrepentida, pero él es cura y claro, me confesaba y santas Pascuas. Cincuenta Avemarías y chimpón, ya estaba limpia de pecado, hasta el día siguiente.

MADRE TERESA.- Qué barbaridad. ¿Cincuenta Avemarías?

CÁNDIDA.- Cada vez que veía al padre Juan acercarse por el convento yo ya me ponía a rezar Avemarías como una loca.

MADRE TERESA.- ¿Para evitar la tentación?

CÁNDIDA.- Para ganar tiempo, ya sabe.

MADRE TERESA.- No hija no, no sé.

CÁNDIDA.- Yo quería formalizar nuestra relación, tanto Avemaría me iba a volver loca, estaba dispuesta a colgar los hábitos por él, le insinué que podíamos casarnos y...

MADRE TERESA.- ...la enviaron al Alto Volta.

CÁNDIDA.- Sí madre, me dijo que necesitaba pensárselo, que si yo estaba cerca no le llegaba la sangre al cerebro y no podía pensar con claridad.

MADRE TERESA.- ¿Problemas de circulación?

CÁNDIDA.- Algo parecido.

MADRE TERESA.- Ya.

CÁNDIDA.- ¿Y qué voy a hacer ahora?

MADRE TERESA.- Hermana, tal y como yo lo veo, usted tiene dos opciones, o se vuelve a España y descubre como el padre Juan ya está tropezando con otra monja...

CÁNDIDA.- ¡Será cerdo!

MADRE TERESA.- ...o se queda aquí conmigo.

CÁNDIDA.- Pero, ¿y si la caza escasea y a estos salvajes les da por volver a eso del canibalismo? Con estas carnes seguro que algún bocado me llevo...

MADRE TERESA.- Hermana Cándida, son vegetarianos.

CÁNDIDA.- ¿En serio?

MADRE TERESA.- Déjeme que le cuente una historia. Hace once años, en el convento, yo, en fin, yo también tropecé con una piedra, la del padre Clemente.

CÁNDIDA.- ¡Qué me dice!

MADRE TERESA.- Tropecé un par de veces, nada grave, no como usted, ya me entiende. Una noche me desperté sobresaltada, sudando, me embargaba una extraña sensación por todo el cuerpo...

CÁNDIDA.- El éxtasis de santa Teresa.

MADRE TERESA.- No, no...

CÁNDIDA.- ¿Se había quedado embarazada?

MADRE TERESA.- No, no, no, no, no, tampoco, gracias a Dios. Bueno, gracias a Dios y a que el padre Clemente tomaba precauciones, ya me entiende.

CÁNDIDA.- ¿Entonces qué fue, una visión, una revelación, un milagro?

MADRE TERESA.- No, no, que me habría sentado mal la cena, así que me levanté de la cama y me fui a la cocina a por un poco de sal de frutas, fue entonces cuando, por el pasillo, me pareció escuchar unos extraños ruidos que provenían del refectorio...

CÁNDIDA.- El Espíritu Santo.

MADRE TERESA.- No, no, ni era un espíritu ni tampoco era un santo. Cuando entré en el refectorio me encontré al padre Clemente con sor Virtudes, sor Bernarda y sor Raimunda tropezando los cuatro como bestias encima de la mesa del comedor.

CÁNDIDA.- Vaya por Dios.

MADRE TERESA.- Entonces decidí poner todo aquello en conocimiento del obispo, pero antes de que pudiera decir amén me enviaron aquí, al Alto Volta, como a usted.

CÁNDIDA.- ¿Y no pensó en volver a España?

MADRE TERESA.- Al principio sí, pero al poco de llegar...

CÁNDIDA.- Qué.

MADRE TERESA.- Una revelación.

CÁNDIDA.- Por fin.

MADRE TERESA.- Comprendí que, si Dios no quisiera que tropezásemos, Él, con su infinita sabiduría, no hubiera creado las piedras.

CÁNDIDA.- Amén.

MADRE TERESA.- Así que, puestos a tropezar, África se me antojaba un mundo repleto de piedras, piedras preciosas, algo negras, pero enormes. Menudos pedrolos, con perdón de la expresión.

CÁNDIDA.- Qué me dice.

MADRE TERESA.- Tantas y tan grandes que es casi imposible no tropezar con ellas a todas horas.

CÁNDIDA.- La virgen.

MADRE TERESA.- Así que, hermana, ya puede empezar a rezar Avemarías como una loca.

CÁNDIDA.- ¿Para evitar la tentación?

MADRE TERESA.- No, para ganar tiempo, ya sabe.

11. Carpe diem.

Asientos 2A y 2B.

ELLA.- Hola.

EL.- Hola.

ELLA.- Estoy un poco nerviosa.

EL.- ¿Es la primera vez?

ELLA.- Sí. ¿Y la tuya?

EL.- No, yo ya había venido antes.

ELLA.- Mejor, así por lo menos uno de los dos no es virgen, quiero decir...

EL.- Sé lo quieres decir, bueno, esto del autobús del amor suena un poco fuerte al principio. Realmente es una manera de viajar y conocer a gente, lo del amor es algo un poco más difícil.

ELLA.- Supongo.

EL.- ¿Estás divorciada?

ELLA.- Viuda.

EL.- Vaya, lo siento.

ELLA.- Tranquilo, son cosas que pasan.

EL.- Cosas de la vida.

ELLA.- Sí.

EL.- La vida es así.

ELLA.- Así cómo.

EL.- No lo sé, así de puñetera.

ELLA.- Ya.

EL.- Hay que aprovechar el momento.

ELLA.- Carpe diem.

EL.- Qué.

ELLA.- Vivir el momento.

EL.- Ya.

ELLA.- La vida es tan corta.

EL.- Sí.

ELLA.- Un suspiro.

EL.- *Suspira.*

ELLA.- Arena que se nos escurre entre los dedos. Uy, menuda cursilada.

EL.- No pasa nada, me gustan las cursiladas.

ELLA.- Hay que vivir.

EL.- Oui.

ELLA.- Y disfrutar el momento.

EL.- Carpe diem.

ELLA.- Carpe diem.

EL.- Eso.

ELLA.- Eso.

EL.- Bueno.

ELLA.- Qué.

EL.- Nada.

ELLA.- Hace 6 años que no hago el amor con un hombre.

EL.- Vaya.

ELLA.- Perdona, no debí decir eso.

EL.- Tranquila, no pasa nada. Fue antes de que tu marido...

ELLA.- No, no, el pobre aún estaba vivo, estaba en el hospital, muy grave, en fin, hacía meses que él y yo ya no... fue con un celador del hospital, en la sala de rayos X.

EL.- Vaya.

ELLA.- Me explicó aquello del carpe diem y me enseñó, bueno, me enseñó eso y otras cosas.

EL.- Vive el momento. Joder con el celador, perdona.

ELLA.- No, tranquilo.

EL.- Y desde entonces ya no...

ELLA.- No. Mi marido se murió aquella misma noche, mientras el celador me hacía el amor sobre el aparato de rayos X, ay qué vergüenza, por Dios.

EL.- No, mujer.

ELLA.- ... y desde entonces yo no he podido hacerlo, con otro hombre...

EL.- Normal, digo, vaya putada, quiero decir, lo siento.

ELLA.- Esa noche descubrí lo que era el placer, el placer con mayúsculas, ese joven, ese celador, me transportó al paraíso, tres veces, jamás me había sentido tan deseada, tan sensual, tan viva y mientras, mi pobre Ernesto...

EL.- Seguro que él lo hubiera entendido.

ELLA.- No. No creo. Pero gracias.

EL.- Hubiera sido bonito.

ELLA.- Qué.

EL.- Nada, una tontería.

ELLA.- No, qué.

EL.- Tener la radiografía de aquel momento.

ELLA.- Mientras alcanzaba mi tercer orgasmo.

EL.- La radiografía del placer.

ELLA.- La radiografía del placer, sí, estaría bien.

EL.- ¿Sabes un cosa?

ELLA.- Qué.

EL.- Trabajo en un hospital, soy médico, radiólogo.

ELLA.- ¿En serio?

EL.- Si quieres, podríamos hacernos alguna radiografía juntos. O un TAC.

ELLA.- ¿Un TAC? Madre mía, no sé...

EL.- Carpe diem.

ELLA.- Un TAC, suena bien, pero, ¿sabes? la próxima vez que me hagan una radiografía será porque me he roto la cadera.

EL.- Esperaré impaciente al día en que te resbales en tu bañera y te la rompas.

Pausa breve. No quería decir eso, perdona. Mierda.

ELLA.- No te preocupes, a lo mejor esta noche, después de que me invites a cenar, se me rompe la cadera bailando y me tienes que llevar a urgencias a hacerme esa radiografía.

12. El corte.

Asientos 5A y 5B.

EL.- Perdone, ¿te conozco? Tu cara me es familiar.

ELLA.- Sí, no sé, bueno, he ido alguna vez a comprarte la carne, en tu parada del Mercado Central.

EL.- Qué casualidad, ¿no?

ELLA.- Sí, mucha casualidad.

EL.- Que hayamos coincidido en este autobús.

ELLA.- El autobús del amor.

EL.- Yo estoy divorciado.

ELLA.- Sí, ya lo sé. Bueno, en el mercado, ya sabes, las noticias vuelan y las marujas lo cuentan todo.

EL.- Y tú, ¿estás divorciada también?

ELLA.- No, bueno, realmente mi marido no sabe que estoy aquí.

EL.- Estás casada.

ELLA.- Se piensa que me he ido a pasar unos días con mi madre.

EL.- Con tu madre.

ELLA.- Verás, necesitaba estar contigo a solas. En el mercado hay tanta gente y yo nunca me había atrevido a hablar directamente contigo, bueno, a no ser para pedirte un pollo de campo o un conejo troceado o medio pavo o una paletilla de cordero o rabo de toro, a mi marido le encanta la carne, le chifla, le vuelve loco, bueno, la que pensarás que estoy loca soy yo, persiguiéndote hasta aquí.

EL.- No, no, estoy algo... sorprendido.

ELLA.- Juani, la de los salazones, me dijo que tú te apuntabas a estos viajes, así que me decidí a venir.

EL.- ¿Y tu marido?

ELLA.- Mi marido qué.

EL.- Esto no está bien. Yo nunca me he liado con una clienta, como tú dices en el mercado se sabe todo y...

ELLA.- ¿Crees que he venido aquí a tener una aventura contigo?

EL.- ¿Ah, no?

ELLA.- No.

EL.- ¿Entonces?

ELLA.- Quiero que me enseñes a descuartizar a un animal.

EL.- ¿Un animal, qué animal?

ELLA.- Bueno, primero a uno pequeño, codornices, pollos, conejos, luego algo más grande, cochinitos, terneros lechones, y ya por fin, vacas enteras o algún caballo, en fin, lo normal.

EL.- Lo normal.

ELLA.- Sí, lo normal.

EL.- ¿Y para qué quieres aprender a descuartizar animales?

ELLA.- Porque luego quiero descuartizar a una persona.

EL.- ¿Qué? Venga va, me estás tomando el pelo. Y ahora me dirás que vas a descuartizar a tu marido.

ELLA.- No, no, a la que quiero descuartizar es a tu ex-mujer.

EL.- ¿¡A mi ex-mujer!? Pero, tú estás loca o qué.

ELLA.- Tu ex mujer tiene un lío con mi marido.

EL.- Bueno y qué.

ELLA.- Tienen un lío desde hace más de veinte años.

EL.- Eso no puede ser.

ELLA.- Sí puede ser, y ahora que se ha divorciado de ti, quiere casarse con mi marido.

EL.- Bueno, a mí ya todo eso me da igual. Yo me he divorciado y...

ELLA.- Tu hijo es de mi marido.

EL.- ¡Qué!

ELLA.- No es tuyo. Tú no eres su padre.

EL.- ¿Pero tú cómo puedes saber eso? No puede ser.

ELLA.- Sí puede ser, mira, si es el vivo retrato de mi marido. *Le enseña una foto.*

EL.- Joder, ¿ese es tu marido? Me lo encontré un día en mi casa, con mi mujer, me dijo que era el revisor del gas.

ELLA.- Trabaja en un banco.

EL.- Será cerdo, ¿y por qué no te separas de él?

ELLA.- No, yo no quiero divorciarme, yo quiero a mi marido.

EL.- No te entiendo, entonces...

ELLA.- A mi marido le encanta la carne, le chifla, le vuelve loco.

EL.- ¿Y?

ELLA.- Siempre le ha gustado probar cosas nuevas, carne de buey, de búfalo, de iguana, de venado, carne de papagayo, carne roja, carne blanca, cruda, al punto o pasada, le da igual. Cuando murió nuestra perrita Stinki pensé, qué mejor manera de recordarla, estaba tan tierna la pobre, el gato de mi vecina en cambio me salió algo duro, el corte, me falló el corte, por eso necesito aprender de un profesional de la carne, alguien como tú. Tengo varias recetas. Yo creo que tendré carne para un mes, o quizá dos.

13. Parada obligatoria.

Asientos 1A y 1B.

ROCÍO- Pregúntale al conductor si falta mucho.

ALFREDO.- Rocío, hace cinco minutos que me ha dicho que si vuelvo a preguntarle lo mismo me tira del autobús en marcha.

ROCÍO- Tonterías, tú pregúntale.

ALFREDO.- Ten paciencia. No debe de quedar mucho para que pare. Cada dos horas tienen que hacer una parada obligatoria.

ROCÍO- ¿Y si no la hace? ¿Y si pasa olímpicamente de la parada obligatoria? Puede que tenga prisa por llegar a París. A lo mejor ha quedado con una francesita de ojos de petit suisse para cenar. Si el conductor no para, si hace de un tirón los casi trescientos kilómetros que faltan para llegar a París, aún le quedaría tiempo para ir a su hotel, ducharse y descansar un poco. Si el conductor hace la parada obligatoria llegará tarde a su cita, estará cansado, con toda la ropa arrugada, sin duchar, a lo mejor cuando llegue al restaurante la francesita de ojos de petit suisse está con otro, otro conductor de autobús, uno que no ha hecho la parada obligatoria. Yo si fuera él no pararía hasta llegar a París.

ALFREDO.- Tiene que parar. Esto es un autobús lleno de gente y si no para, en media hora puede convertirse en una bomba de relojería.

ROCÍO- ¿Qué son unas cuantas viejas empapadas de pis ante una cita con una francesita de ojos de petit suisse?

ALFREDO.- No seas ridícula.

ROCÍO- Piénsalo, la francesita está esperándote en un hotelito pequeño pero muy acogedor de Montparnasse, está desnuda y no para de susurrarte, “Hazme el amour, hazme el amourr, *oui, s’ mua, olalá, je ne comprends pas, voulez-vous coucher avec moi ce soir,...*”

ALFREDO.- Tiene que parar. Los autobuses llevan unos aparatos, tacómetros, que controlan eso, las paradas obligatorias.

ROCÍO- Los trucan. Los tocómetros esos están trucados para que no tengan que parar. Los conductores los trucan para “tocometerse” a las francesitas de ojos de petit suisse...

ALFREDO.- Parará. Eso era antes. Ahora está todo muy controlado. Les puede caer una buena multa si manipulan el aparato, el tacómetro. Tiene que parar.

ROCÍO- Yo no pararía.

ALFREDO.- Ya, pero tú no eres el conductor. Gracias a Dios.

ROCÍO- Ni tú tampoco pararías si tuvieras a una francesita de ojos de petit suisse esperándote, ...

ALFREDO.- Yo sí que pararía. Haría la parada obligatoria tal y como está mandado. Faltaría más. Hay que parar, tiene que parar y parará.

ROCÍO- ¿Si fuera yo la que te estuviera esperando, pararías?

ALFREDO.- La parada es obligatoria. No está en mi mano.

ROCÍO- Si haces esa parada obligatoria sabes que cuando llegues a París será demasiado tarde, ya estaré con otro.

ALFREDO.- Qué prisas, ¿no puedes esperarte un poco? Si la parada obligatoria son cuarenta minutos, una hora a lo sumo. ¿Por qué tienes que estar con otro? Hay que ver.

ROCÍO- Mientras tu paras yo me marcho con un francés muy atractivo, de ojos negros y mirada penetrante, olor a perfume francés, zapatos franceses, con un gran coche francés, hablándome en francés, besándome en francés, haciéndome el amor en francés, todo él muy francés... ¿Aún quieres parar?

ALFREDO.- La parada obligatoria es sagrada. Se para y ya está, no hay discusión y no le des más vueltas. Que no. Por eso se llama parada obligatoria, porque es obligatoria, si no se llamaría parada opcional o posible parada o parada de libre

elección o paro si me da la real gana. Pero no, se llama parada obligatoria y se para, o-bli-ga-to-ria-men-te, coño.

ROCÍO- Y si...

ALFREDO.- ¡Se para!

ROCÍO- Ya pero...

ALFREDO.- ¡SE PARA!

ROCÍO- Se para, se para, hijo cómo te pones.

ALFREDO.- Se para.

Pausa breve.

ROCÍO- Voy a dejarte.

ALFREDO.- Qué.

ROCÍO- Lo has oído perfectamente. Cuando lleguemos a París te dejaré.

No quiero volver a verte. Se acabó.

ALFREDO.- Mujer, y ahora a qué viene eso.

ROCÍO- Yo quiero estar con un hombre que corra a mi encuentro cada día porque no pueda soportar vivir un minuto más sin verme. Quiero a un hombre que se salte los semáforos en rojo porque desea tanto estar conmigo que no puede esperar los treinta segundos de esa “parada obligatoria”. De hecho, quiero un hombre para el que su única parada obligatoria sea yo. ¿Me has oído? Yo.

ALFREDO.- Cariño, tranquilízate, ya lo hablamos en el hotel...

ROCÍO- No, no quiero compartir habitación con un, con un código de la circulación con patas. Las normas se saltan, por amor, las leyes se violan, por amor, los tratados se rompen, por amor. Las guerras se declaran y la paz mundial se va a la mierda.

ALFREDO.- Estás armando un escándalo. Nos están mirando todos.

ROCÍO- Que nos miren.

ALFREDO.- ¿Se puede saber qué te ha dado?

ROCÍO- Se llama lucidez. He estado ciega todos estos años. Ahora lo veo claro.

ALFREDO.- Mira, parece que vamos a parar.

ROCÍO- ¡NO! *Al conductor.* No pare, siga adelante, o la francesita de ojos de petit suisse se irá con otro, tiene que acelerar, corra, corra, si para dentro de unos años se arrepentirá, como me estoy arrepintiéndome yo ahora, su vida será una parada obligatoria, sólo una parada obligatoria.

ALFREDO.- No pasa nada, no le hagan caso, a veces le ocurre, en seguida se le pasa, vamos cariño, tómate una pastilla...

ROCÍO- No quiero pastillas, quiero una vida sin paradas. No quiero parar, no puedo detenerme, no quiero, no me obligues a parar, si paro no podré seguir, me quedaré aquí, parada para siempre, como tú, como todos. Por favor.

ALFREDO.- *Pausa. La mira, se lo piensa. Al conductor.* Siga, no pare, vamos acelere, mi mujer no se encuentra bien. Tiene que llegar a París inmediatamente, sí corra, no, a un hospital, no. Ha quedado con un francés, un francés de ojos negros y mirada penetrante, un francés con olor a perfume francés, con zapatos franceses, un coche francés y que habla en francés, todo él muy francés. ¡No me venga con eso de la parada obligatoria! Es una urgencia, ¿acaso usted no ha estado nunca enamorado? Entonces lo comprenderá. Vamos, acelere, no pare, por Dios, si para la perderé para siempre. ¿Qué hace? No, no pare, siga, siga. No quiero sentarme. Llevo sentado toda la vida deteniéndome en cada ceda el paso, en cada stop, en cada parada obligatoria. Se acabó. NO PARE COÑO.

El autobús de detiene, se abren las puertas y se oye una voz que dice...

OFF.- Parada obligatoria, salimos en 30 minutos.

ALFREDO.- Mierda, se ha parado.

ROCÍO- Sí.

ALFREDO.- La francesita de ojos de petit suisse ya estará en los brazos de otro.

ROCÍO- Sí, en los de mi francés de ojos negros y mirada penetrante. Anda tonto, ven aquí.

Se abrazan, con infinita ternura.

14. Estación término.

El autobús se detiene. Las puertas se abren. Los pasajeros se bajan, cargados con sus maletas, mochilas y bolsas. Unos saludan a sus familiares y amigos que han ido a la estación a buscarles, a otros, en cambio, no les espera nadie y tienen la mirada perdida.

Todos desaparecen de escena.

Todos menos una mujer, una mujer con un abrigo rojo y una maleta blanca.

Oscuro.